

CAPÍTULO QUINTO.

El Carnaval.—El Miércoles de ceniza.—Sermones de Cuaresma.—
Predicadores españoles.

Con excepción de los bailes de máscara, que presentan los mismos inconvenientes que en todas partes, el carnaval en Roma es en extremo inocente. Todo se reduce á un paseo por la calle del Corso, á pié ó en coche, con el traje ordinario ó bien con disfraz, pero sin careta, arrojando confites ó ramilletes de flores á los que están en las ventanas, quienes á su vez corresponden con frecuentes descargas á los que pasan. A la hora señalada se despeja la calle; un piquete de dragones la recorre á galope dos veces para acabar de apartar á la multitud, y al disparo del cañón se verifica la carrera de caballos sin jinete, que aguijoneados con ciertos instrumentos de metal, pasan como rayo por toda la extensión del Corso y son detenidos con una inmensa lona colocada en la extremidad, paseándose en triunfo en seguida al vencedor en la carrera.

Este año se abrió el carnaval con las solemnidades de costumbre, pasando por el Corso Monseñor Randi, gobernador de Roma, y el Excelso Senado (que equivale á nuestro ayuntamiento) precedidos, acompañados y seguidos de músicas militares y destacamentos de diversos cuerpos, y formando el cortejo de las numerosísimas y vistosísimas carrozas en que iban los ilustres dignatarios, una infinidad de criados á pié y á caballo, con ricas y elegantes libreas, y tremolando varios de ellos las banderas de los diversos barrios ó *rioni* de la ciudad.

También los Obispos, y hasta los seminaristas y religiosos se divierten en Roma durante el carnaval, pero de muy diversa manera. En cada colegio y establecimiento de educación se representan en esta épo-

ca funciones teatrales, en que generalmente los actores son los mismos alumnos, y los espectadores multitud de Padres, colegiales y otras personas eclesiásticas y seglares. Como este año tenían que concurrir á estos pequeños teatros Obispos de diversas lenguas y naciones, se organizaron comedias y dramas *en latín*, expresamente para los Padres del Concilio Ecuménico, además de las que se ponen ordinariamente en escena en lengua vulgar. Es inútil decir que los graves Prelados asistieron con placer á estas representaciones en que se instruye deleitando, y que hacen tanto provecho á los jóvenes. San Ignacio de Loyola fué quien introdujo ó al menos generalizó esta práctica en los colegios; San Felipe Neri la adoptó también, y hasta hace pocos años en que la Revolución lo empobreció, en el Oratorio de esta Alma Ciudad se representaban magníficas comedias y aun óperas: hoy es universal en los buenos colegios de Europa. En México me alegro que se haya introducido; pero como todavía hay algunas personas no muy versadas en la buena educación de la juventud, que se oponen á ella bajo el pretexto de mal entendida austeridad, he querido consignar aquí estos hechos para que, viendo su generalidad, y sabiendo la solemnidad, aunque tácita sanción que ha recibido del Episcopado católico congregado en Roma, no haya ya quien se oponga en nuestro país á las representaciones teatrales en los colegios, tan útiles á los jóvenes y que producen excelentes resultados.

Los dos últimos días del carnaval se permitieron las caretas, y el *Corso* estuvo algo más animado que los seis anteriores. Al espirar el *Martes* de carnestolendas, espiraron también las diversiones carnavalescas, y se dió principio á las solemnes penitencias de la Cuaresma.

Como todas las funciones, en esta época del Concilio, la ceremonia del Miércoles de ceniza se verificó en la Basílica de San Pedro, y no como en tiempos normales, en la capilla Sixtina. Revestido el Padre Santo de sus hábitos pontificales, entró en el vasto templo acompañado de su córte. Allí le aguardaban los Cardenales y Patriarcas igualmente revestidos, y los Arzobispos y Obispos cubiertos con la capa consistorial.

¡Siempre es solemne la ceremonia de la ceniza! ¡Siempre solemne, aunque el que bendice el místico polvo sea un vicario rural, allá en la cumbre de una solitaria montaña, y aunque él tenga que imponérsela sobre su propia cabeza! ¡Siempre solemne, aunque sólo sobre pobres campesinos, sobre míseros leñadores ó encallecidos mineros se

pronuncien las tremendas palabras: *Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Pero imaginaos ahora á la grandeza mayor de la tierra, rodeada de multitud de grandezas bajo las bóvedas más altas y en el templo más grandioso del Orbe, recordando que todas son polvo y nada, y que presto un reducido sepulcro, una urna diminuta encerrará á cada uno convertido en un puñado de polvo como el que ahora arrojan sobre su frente; imaginaos esta escena, y podréis formaros una idea de lo acaecido en la Basílica Vaticana.

Todo contribuyó á darle mayor solemnidad; hasta circunstancias al parecer insignificantes. Terminada la bendición dada á las cenizas por el Padre Santo, el Cardenal Panebianco, Penitenciario mayor, avanzó pausadamente por en medio del augustísimo Senado de Cardenales, desde el altar hasta el trono del Papa, á imponerle las cenizas al Supremo Jerarca. Pertenece el Cardenal al orden de San Francisco, y como está mandado á los religiosos al ascenderlos á la dignidad cardenalicia, su traje ha cambiado de forma, mas no de color, y al caminar con majestuosa lentitud, aparecía bajo el alba, y se arrastraba sobre la alfombra, la larga cauda de su vestidura *color de ceniza*.

Pulvis es, et in pulverem reverteris: Según el rito, los labios del Cardenal Penitenciario no profirieron esta sentencia sobre el Pontífice-rey, y solo cayó en silencio el simbólico polvo sobre esa cabeza veneranda, encanecida por casi ochenta años de vida y veinticuatro de un pontificado de amarguras y penosos triunfos. Uno tras otro se acercaron en seguida los purpurados miembros del Sacro Colegio, y escucharon la tremenda sentencia de los labios del Hombre insigne á quien uno de su seno ha de suceder en la altísima dignidad de Vicario de Cristo, en una época ¡ay! no remota.

Al recibir cada uno la ceniza, ¡qué pensamientos no habrán pasado por su imaginación! «¿Cubrirá esta misma púrpura mis propias cenizas, ó bien antes de bajar á la tumba seré todavía más y más sublimado? Y si el Señor me destina para ser su Vicario, ¿reinaré por largos años, cual mi venerando Jefe, ó será disuelto mi cuerpo antes que la polilla haya podido cebarse en mi primera túnica pontifical? ¿Seré como aquel Papa de una semana, *magis ostensus quam datus*, ó como Pío VI, Pío VII, y Pío IX veré la tiara sobre mi cabeza por casi un cuarto de siglo?....»

Después de los Cardenales se acercó el joven Príncipe de Asturias, venido á Roma á hacer su primera comunión.... ¡Ah! ¡Nieta de Cristina, hijo de Isabel! *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Os véis destronados y aprendéis á costa vuestra, que á pesar de las diademas que comprasteis con sangre, polvo sois y al polvo tenéis que tornar.

¡Duquesa de Módena y de Parma, gran Duquesa y Príncipe de Toscana! La desgracia os ha unido en derredor del Vicario de Cristo. Recibid de sus manos la sagrada ceniza que os recuerda que sois nada, como los demás hombres, que os repite la dura lección que la revolución os ha dado....

Después de estos príncipes se acercaron los Patriarcas, y recibieron todos el polvo de manos de Su Santidad. De los numerosos Obispos sólo dos lograron este honor. Más afortunado yo que estos dignos Prelados, me acerqué al sagrado solio, besé el pié del Sumo Pontífice y escuché de sus augustos labios: *Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. Es siempre terrible escuchar esta amarga verdad; pero al verse rodeado de tantos altísimos personajes, cuyas huellas no es uno digno de besar, y acabando de ver que también ellos son polvo, que también sobre ellos se pronuncia la fatal sentencia, uno se resigna más fácilmente, se reconcentra más en su nada, y se prepara con más facilidad á bajar al silencioso sepulcro.

Aquí no se imponen generalmente las cenizas como entre nosotros, sobre la frente ó la tonsura clerical, sino que se arrojan sobre la cabeza, como hacían los antiguos penitentes. Así lo hizo sobre mí el gran Pontífice, y conservé cuanto pude las blancas cenizas con que el venerado Pío IX cubrió mis escasos, aunque todavía negros, cabellos.

Distribuidas las cenizas, el Cardenal penitenciario cantó la misa con las ceremonias prescritas.

La Cuaresma en Roma tiene mil encantos para el alma cristiana. Procuraré poco á poco describir algunos en mis correspondencias; hoy no hablaré sino ligeramente de los sermones que con tanta profusión se nos predicán en los diversos templos. En el *Eco de Roma* que remito á la *Revista Universal* encontrarán mis lectores una descripción de la bendición impartida por el Pastor Supremo á los buenos sembradores, encargados de esparcir la divina simiente, y un resumen del hermoso discurso que les dirigió; yo no fuí testigo de esta tierna escena.

En la Iglesia del «Nombre de Jesús,» predica diariamente el distin-

guido jesuita siciliano, padre Petraglione. Tiene el gran defecto de casi todos los italianos meridionales, una mímica muy exagerada. Se le juzga generalmente inferior al que los padres dominicos han nombrado para hacer el Cuaresmal en su Iglesia de Santa María, sobre el antiguo templo de Minerva. Es el profundo y simpático predicador padre di Maggio, á quien entre otros magníficos sermones, oí el día 7 un elocuente panegírico de Santo Tomás de Aquino. Otro insigne dominico, el Cardenal Guidi, pronunció el panegírico de Santa Francisca Romana, en la casa de las nobles Oblatas, fundada por la gloriosa viuda. Fué en verdad magnífico el elocuente discurso del sabio Purpurado.

El famoso Abate Combalot, que lleva nada menos que cincuenta años de apostolado, predica en francés en San Andrés del Valle. ¡Qué unción y que sencilla elocuencia resplandecen en el venerable y anciano misionero, cuyos sermones impresos se ven casi en todas las bibliotecas!

También en castellano tenemos sermones, en la Iglesia de Santa María de la Paz, título del Cardenal Moreno. Hasta hoy han predicado los Obispos de Oviedo, Jaen y Ayacucho. Nada diré del primero, no habiéndolo oído; el segundo es un grande orador, y correspondió plenamente á la fama que tiene. El último, el Sr. Moreira, el único Obispo que, como escribí en mis correspondencias anteriores, haya sido aplaudido en el Concilio Vaticano, excitó gran curiosidad como era natural.

CAPÍTULO SEXTO.

Domingo de Ramos.—Bendición de palmas por el Sumo Pontífice.—
Procesión.—Pasión.

¡El Domingo de Ramos! Hermoso día es este en todo el mundo, pero especialmente en la Eterna Ciudad; día solemne en que conmemora la Iglesia la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén, y al mismo tiempo simboliza la entrada gloriosa de los justos en la Jerusalén celestial, día de júbilo al par que de santa tristeza; día en que se escucha el *Hosanna* cantado con voz de alegría, á la vez que la *Pasión* entonada con lúgubre acento. En todas partes se celebra tan solemne aniversario. Allá en la China ó en el remoto Japón, en las misiones del Asia y del África, giran los neófitos con sus ramos en torno del pobre misionero, gritando *Hosanna* bajo la pobre choza que les sirve de templo. *Hosanna* gritan los fervientes católicos de Inglaterra, gozándose en la libertad que han reconquistado para la Iglesia; *Hosanna* repiten por donde quiera en todos los países de Europa, y al mismo tiempo resuena centuplicado el *Hosanna* en todos los ángulos de la siempre católica América española, de la fiel América portuguesa, de la América inglesa, poblada ya de numerosos católicos.

Pero ¿dónde podrá ser más sonoro este grito glorioso que en la nueva Jerusalén, en la capital del mundo cristiano, en la Santa Ciudad? ¿Dónde retumbará con mayor armonía que bajo las colosales bóvedas de la inmensa Basílica de San Pedro? ¿Quién representará mejor al Redentor de los hombres que su Vicario en la tierra? ¡Ah! No sin razón acuden á Roma en tropel, de todas las partes del mundo, á presenciar las solemnes fiestas de la Semana Mayor. No es maravilla que por las vías férreas que ahora ligan á Roma con las principales ciudades de

Europa, hayan llegado á millares, en los últimos días, extranjeros ansiosos de ver el culto católico en su mayor esplendor, de presenciar los gloriosos triunfos del catolicismo. No es maravilla que aun antes de despuntar la aurora del suspirado domingo, esté ya una multitud aguardando que abran las puertas de la gran Basílica, y que cada minuto añada intensidad á la turba y hacine cristianos sobre cristianos bajo las bóvedas de San Pedro.

Son las nueve de la mañana. Los seiscientos Obispos que han acudido al Concilio, revestidos de capa consistorial tan sólo, ocupan ya sus puestos en los escaños preparados para ellos, entre el altar mayor y el trono pontificio. Los Cardenales y Patriarcas, revestidos de capas pluviales, casullas ó dalmáticas, según su jerarquía, y con mitras blancas, aguardan en el *aula paramentorum*. Otro tanto hacen en sus respectivos puestos los Protonotarios Apostólicos, los Generales y Procuradores generales de órdenes religiosas, y los demás Prelados que gozan del privilegio de asistir á las funciones papales. Entretanto, la córte toda se halla reunida en las antecámaras pontificias, que presentan un bello y extraño aspecto, pobladas por camareros y guardias, senadores y altos dignatarios, con sus ricos, vistosos y variados trajes, diseñados en su mayor parte por Miguel Ángel. Aunque es ya la hora, el Papa no sale. *Se está haciendo la santísima barba*, nos dice con chiste el camarero de guardia.

Al fin se presenta Pío IX; todos nos arrodillamos un momento, y empieza á desfilar la procesión hacia la Basílica. Precede el batidor pontificio, con su rico traje militar, y á su lado marchan los palafreneros de palacio y otros criados con ricas libreas, entre los cuales se notan los pajecillos del Senado con sus vistosos trajes; siguen de dos en dos, los capellanes pontificios, los camareros de capa y espada, que han acudido esta vez en gran número, los oficiales y *exentos* de la guardia noble, el capitán de los alabarderos suizos, los camareros de honor, los camareros secretos, el caballero mayor y otros dignatarios seculares, el Senado romano, el capitán de la guardia noble, el vice-camarlengo de la Santa Iglesia Romana, el Príncipe asistente al solio, y por último, Pío IX, entre el maestro de cámara y el mayordomo. Guardada de ambos lados por los alabarderos suizos, atraviesa en silencio esta no muy numerosa, pero bella comitiva, los salones y antecámaras del Papa, y baja por diversas escaleras, y cruza varios corredores, galerías y

vestíbulos, hasta que penetra en San Pedro por la capilla del Santísimo Sacramento, á cuya puerta la reciben formando valla, los canónigos de la Basílica, y el Obispo sacristán mayor de Su Santidad le presenta el hisopo con agua bendita.

Revestido el Papa de la gran capa pluvial de color encarnado, y con la mitra de tela de oro, en la capilla gregoriana que sirve de *aula paramentorum*, el maestro de ceremonias grita: *extra*, y empieza á desfilar la procesión en el orden que acabo de describir. Ahora es más numerosa y mucho más augusta. A la córte se han incorporado los abogados consistoriales, los votantes del tribunal de la Signatura y los auditores del de la Rota. Un cierto número de Obispos asistentes al solio, los Patriarcas latinos y Orientales, con capas pluviales y mitras, los Cardenales con sus paramentos correspondientes y acompañados de su caudatario, secretario y gentilhombre, avanzan de dos en dos delante del Papa, y adoran con él al Santísimo Sacramento. Vuélvese á ordenar la procesión y se encaminan todos al altar mayor, donde ha de celebrarse la misa. Pero esta vez el Pontífice ya no camina á pié, sino que es llevado majestuosamente en la *sedia gestatoria*, haciéndole sombra, como á los antiguos reyes de Oriente, dos grandes abanicos de ricas plumas, y guardándolo de ambos lados, con espada desenvainada los oficiales de la guardia noble, mientras algunos de los suizos llevan sobre los hombros sus enormes espadones de la Edad Media.

Instalado el Sumo Pontífice en su trono, que se eleva frente el altar mayor, recibe la *obediencia* de los Cardenales y Patriarcas tan sólo, para no prolongar la ceremonia con la obediencia de setecientos Obispos, y se procede luego á la bendición de las palmas. El Obispo sacristán mayor recibe de manos de un maestro de ceremonias una pequeña palma elegantemente adornada, y el diácono y subdiácono pontificios reciben otra cada uno de dimensiones mayores, y aunque adornadas con lujo, inferiores á la primera. Lentamente avanzan los tres, con las palmas en la mano, y se arrodillan en los escalones del trono pontificio, permaneciendo así mientras recita el Pontífice las preces mandadas por la sagrada Liturgia.

¡Cuán sonora, cuán dulce, cuán armoniosa es la voz de Pío IX, y cuánta devoción inspira al oírlo cantar las bellas oraciones que la Iglesia ha compuesto para esta imponente ceremonia! Una tras otra las entona, llenando con su robusto acento la inmensa Basílica, y cuando

el rito lo exige, tres veces rocía la palma con agua bendita, y tres la perfuma con incienso. El Cardenal decano entrega al Padre Santo la pequeña palma para él destinada, y en seguida el primer maestro de ceremonias pone sobre sus rodillas un rico velo para impedir que al distribuir las palmas, éstas manchen sus sagradas vestiduras.

Dejando los Cardenales sus asientos, se acercan uno por uno según su dignidad, á recibir la palma de manos del Vicario de Jesucristo. Tras el sacro Colegio suben al solio los Duques de Módena y de Parma, que asisten á la función en la tribuna de los soberanos, y llega luego su turno á los Patriarcas, y á aquellos de los Obispos asistentes al solio, á quienes hoy ha tocado el honor de estar cerca del Sumo Pontífice. A los demás Arzobispos y Obispos las entregan los maestros de ceremonias: sería interminable la función si todos las recibieran de manos del Papa; y aún antes del Concilio, Pío IX hace ya tiempo que sólo acostumbra distribuir las á los dos más antiguos de cada colegio de la Prelatura. Los pocos á quienes toca este honor, se acercan uno por uno, besan el pié del Padre Santo y la palma, y se retiran á su puesto. El orden en que se acercan es el siguiente:

Monseñor Gobernador de Roma, el Príncipe asistente al solio, el auditor de la Cámara, Monseñor Mayordomo, Monseñor Maestro de Cámara, dos Protonotarios apostólicos participantes, dos generales de órdenes, dos auditores de Rota, dos clérigos de Cámara, dos votantes de signatura, dos abreviadores, el presbítero asistente, el diácono y el subdiácono, el caballero y el *foriere* mayor, los camareros *participantes* de guardia, dos camareros secretos, dos idem de honor, dos abogados consistoriales, dos capellanes secretos, dos idem comunes, dos procuradores generales de órdenes religiosas, dos cantores pontificios, los embajadores, ministros plenipotenciarios y jefes de legación, y algunos otros empleados de palacio que gozan de este privilegio. Esta vez también me tocó la fortuna de recibir la palma bendita de las manos mismas del Pontífice.

Terminada la distribución de las palmas, el Príncipe asistente al solio, presenta al Sumo Pontífice la bandeja de plata en que éste se lava las manos, y después de escuchar la sonora voz de Pío IX que entona la oración correspondiente, se oye el débil acento del Cardenal Antonelli, quien, como primer diácono asistente, pronuncia la antigua fórmula: *Procedamus in pace.*

¿Y qué procesión podrá competir con la que ahora gira en derredor de la Basílica? No es ya Jesucristo sobre un humilde jumento el que es aclamado por los hebreos. Sentado sobre ricas andas, adornado de riquísimas vestiduras, y con la palma en la mano, es llevado en triunfo al Vicario del Redentor, que ahora reina triunfante en los cielos. El *Hosanna* lo gritan los Cardenales de la Santa Iglesia, lo gritan los Pastores y Prelados más ilustres del mundo católico, y los capellanes cantores de la capilla papal repiten con voz armoniosa los cánticos de gozo que en otro tiempo entonaron los hijos de los hebreos.

Me cabe la dicha esta vez de caminar en la procesión precisamente al lado de Pío IX, y mis ojos se vuelven continuamente del rostro majestuoso del Pontífice al de los fieles que se postran á su paso, y de éstos otra vez al augusto semblante del supremo Jerarca. La turba es inmensa; á pesar de la valla de soldados, apenas nos dejan espacio para pasar. Quién se postra silencioso ante el Pontífice; quién derrama lágrimas de alegría; quién lo contempla estático manifestando con su apacible sonrisa la dicha inefable que lo inunda; quién se santigua reverente al recibir la bendición. “¡Cuán augusto! ¡qué majestuosa figura! ¡qué rostro tan dulce! ¡parece un joven! ¡quién creyera que es casi octogenario!” Estas y otras muchas exclamaciones, en casi todos los idiomas del mundo, se oyen al pasar el gran Pío IX, y aunque puedo transcribir algunas, no me es dado copiar la expresión de los rostros de los que las pronuncian.

Recorremos así la nave principal de la Basílica, damos vuelta al pórtico y volvemos á entrar en el templo. ¡Oh! Todos estos innumerables extranjeros que hoy se unen á nosotros gritando: *Hosanna*, ¿no gritarán mañana el: *Crucifige*? Infinidad de fieles hay entre la turba; pero ¡ay! no pocos son también herejes, impíos, incrédulos, ó por lo menos esclavos del mundo. ¡Hagan las bendiciones que á manos llenas derrama el Padre Santo, que sus corazones se truequen, como se han cambiado ya tantos, y que exclamen, á semejanza del Centurión, al bajar del augusto monte Vaticano: “*En verdad que éste es el infalible Vicario de Jesucristo.*”

Durante la procesión, los Obispos se han quedado en sus puestos, de pié, y con las palmas en las manos. Terminada aquella, todos ocupan sus lugares, el Papa llega al trono y empieza la misa solemne. A la hora prescrita, tres cantores pontificios, revestidos de alba y estola dia-

conal, besan el pié del Papa y dan principio á la Pasión según San Mateo. El *cronista* es un tenor; el que se llama la *criada ó ancilla* un contralto, el que representa á Jesucristo un bajo: el coro de los cantores pontificios canta las palabras que el sagrado texto refiere que pronunciaban las turbas.

Manda el rito que todos escuchen este canto en pié y con la palma en la mano. Así lo hizo tambien por largos años Pío IX, y ahora, más bien que faltar á lo prescrito por el ceremonial, se retira mientras dura la *Pasión*. En otro tiempo se cantaba no sólo en latín, sino también en griego, y cuéntase del Papa Paulo IV, que á pesar de contar ya más de ochenta años, permanecía todo el tiempo en pié y revestido de la pesadísima capa pluvial. Otro tanto quiso hacer Urbano VIII, pero el Domingo de Ramos 1º de Abril de 1635, no pudiendo resistir á la fatiga, cayó desmayado en los brazos de los Cardenales asistentes.

Acostumbrábase asimismo, el predicar un sermón después de la Pasión. Hace tiempo que se ha abolido este uso, y hoy, apenas terminada, el Padre Santo volvió á ocupar su puesto en el trono, continuó la misa con las solemnidades de costumbre que no es menester describir, y derramando de nuevo bendiciones sobre los centenares de millares que poblaban la inmensa Basílica, Pío IX tornó á sus habitaciones robusto, fuerte, lozano y majestuoso como nunca.

CAPÍTULO SÉTIMO.

Tinieblas.—Jueves Santo.—Comunión de mano del Padre Santo.—Procesión.—
Bendición solemne.—Lavatorio.—Cena.

Renombre universal tiene el *Miserere* que se canta en la capilla Pontificia el Miércoles, Jueves y Viernes Santo en las *Tinieblas*. Extasía á cuantos son conocedores del arte de la música, y es uno de los principales atractivos que hacen venir á los extranjeros desde las tierras más remotas. Se canta generalmente en la capilla Sixtina, pero este año tuvo lugar en la Basílica de San Pedro, como todas las funciones durante el Concilio. Dicen los que entienden de música que algo perdió de su mágico efecto en el colosal recinto del templo más vasto del orbe. A oídos profanos, como los míos, sonó celestial, divino, incomparable, y á mis ojos añadió majestad á la ceremonia de las *Tinieblas*, el que acudieran centenares de Obispos, y se cantaran sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

El Padre Santo sólo asistió el Viernes Santo: no es necesario describir las bien conocidas ceremonias de estos solemnes y excepcionales maitines, ni describir el efecto que produce en el ánimo cristiano la gradual extinción de las catorce velas amarillas del candelabro triangular. Éstas, como es bien sabido, representan á los Apóstoles y discípulos cuya fé vaciló durante la Pasión de Jesucristo. La vela blanca, que no se apaga, simboliza á la Virgen Santísima, en quien ardió siempre viva la llama de la Fé. Pero no sé por qué esta vez se apartaba mi mente de la significación ordinaria, y se empeñaba en darle otra más conforme con las circunstancias que nos rodean.

Esas velas que van extinguiéndose una tras de otra, que arden algunas pocos minutos, algunas una ó más horas, pero que al fin pierden